
Interdependencia y desarrollo

• • • • • • • • • • DAVID IBARRA*

Panorama general

Es común afirmar que las relaciones externas de poder o la economía internacional han experimentado y todavía transitan por transformaciones profundísimas que alteran de raíz los órdenes políticos y económicos del planeta. Al propio tiempo han tomado cuerpo dilemas apremiantes que afectan a todo el género humano, modifican el modo de percibir los problemas y exigen alteraciones en la selección de metas e instrumentos para resolverlos.

Se vive una época de rupturas espectaculares –la perestroika y la glasnost y su secuela de efectos constituyen un caso ilustrativo– o si se quiere de acumulación de pequeños cambios que de pronto ganan la masa crítica suficiente para provocar metamorfosis profundas en las instituciones y el paisaje internacional y sobre todo en el modo de concebir la construcción del futuro.

En este último sentido, muchos de los anhelos compartidos en la reconstrucción de la posguerra se desvanecen. En unos casos ceden el paso a preocupaciones de índole distinta; en otros, surge la urgencia de abordar un conjunto diferente de desafíos, y otros más, los nuevos retos se suman –complicando geoméricamente la tarea de los gobernantes– a viejas metas no satisfechas.

El resquebrajamiento del imperio soviético y la declinación del liderazgo económico de Estados Unidos han gestado vacíos de

poder que entorpecen la tarea de remodelar el orden internacional en tanto no se recompongan a fondo las relaciones políticas y económicas.

Al propio tiempo, el sentido de la palabra progreso, concebido éste como objetivo social primario, ha cobrado nuevos significados. En las zonas industrializadas ahora importa más la calidad de vida y la competitividad externa.

Por eso se desdibuja la idea de luchar cooperativamente para cancelar la brecha del subdesarrollo. Hoy se deja que las polarizaciones mundiales se ahonden. Se está pasando de un período de intenso crecimiento y profunda cooperación económica del Norte hacia el Sur, a otro de desarrollo general más pausado y menos solidario.

Desde el decenio de los ochenta la carga de los acomodos macroeconómicos se ha puesto casi exclusivamente sobre los hombros de las naciones en desarrollo. Además, baja o se estanca la ayuda al Tercer Mundo y se multiplican las presiones para uniformar políticas so pena de ser marginados de la comunidad económica de naciones.

Justo es reconocer que la menor prelación mundial del desarrollo proviene no sólo de concepciones distintas de la población de las zonas avanzadas, sino de un conjunto de problemas o dilemas reales que de algún modo moldean esas percepciones, generan planteamientos ideológicos racionalizadores y, en lo que aquí importa, limitan las posibilidades de favorecer al Sur subdesarrollado.

Estados Unidos ya no está en condiciones de mantener la hegemonía económica que ostentó durante los 25 años posteriores a

* Decano del Comité Editorial de Comercio Exterior. El material que se reproduce es una versión abreviada de un libro de próxima aparición.

la guerra. Hoy necesita con urgencia abandonar la retórica anterior y ajustar seriamente un sistema productivo a la competencia internacional.

Japón es quizás la nación industrializada que mejor se ha preparado para afrontar el siglo XXI. Con todo, su condición básica de supervivencia le exige un sistema abierto de mercados y formas cooperativas de asociación, especialmente con Estados Unidos y la Cuenca del Pacífico. El resurgimiento del proteccionismo, la formación de grandes bloques comerciales y la inestabilidad del nuevo orden económico internacional representan peligros serios para la continuidad de la prosperidad japonesa.

Europa podría formar un bloque poderosísimo si logra afianzar su unidad económica y avanzar en la unificación política. Maastricht o la modernización de su porción oriental son todavía proyectos cuya puesta en práctica, de darse, absorberá buena parte de las energías políticas antes de que Europa pueda ocuparse del mundo.

Algunas tendencias universales

Demografía, ecología y tecnología

Desde el llamado de atención del Club de Roma sobre la finitud de los recursos mundiales y la depredación ecológica perpetrada en nombre del desarrollo civilizador, el fantasma malthusiano ha reaparecido con poderes magnificados.

Después de un crecimiento histórico inicialmente pausado, la población mundial aumenta en casi 1 000 millones de personas por década y conforme a las proyecciones pasará de 5 300 millones en la actualidad a cerca de 11 000 en el 2025. Por lo demás, casi la totalidad de esa expansión —más de 90%— se generará en los países del Tercer Mundo. En consecuencia, la intensificación general de las presiones demográficas no sólo es elevada, sino que sigue tendencias contrapuestas: atender a los viejos, en un caso, y a los jóvenes, en otro. Además, en el Tercer Mundo las concentraciones urbanas han alcanzado (y esa situación se acentuará) proporciones desmesuradas por el doble efecto de las migraciones rurales y las elevadas tasas de fertilidad.

De ahí surgen no sólo serias discrepancias en las políticas sociales, sino también presiones migratorias en ascenso en el sentido Sur-Norte.

Tales tendencias tendrán repercusiones geopolíticas difíciles de evaluar. En efecto, la población de las zonas industrializadas pierde ponderación y hoy representa menos de un sexto de los habitantes del mundo, pero concentra cinco sextos del ingreso o la riqueza. Alrededor del primer cuarto del próximo siglo, su peso demográfico será apenas de 10 por ciento.

Los enormes ajustes en marcha de las estructuras económicas y demográficas propician desequilibrios persistentes en los mercados de trabajo. Por un lado, la escasez de profesionistas y mano de obra de las más altas calificaciones será una característica vigente; de otro, habrá oferta excedente de trabajadores poco calificados. En conjunto, son de anticipar serios escollos en el logro de la ocupación plena, en revertir las tendencias al debilitamiento sindical, así como crecientes resistencias de los países industrializados a las corrientes migratorias originadas en zonas atrasadas.

Al finalizar el siglo XX, como ocurrió con la gran crisis de los treinta, tendrá que admitirse que uno de los más graves problemas humanos es el empleo.

A mayor abundamiento, la demografía y la adopción de pautas de crecimiento e industrialización sostenibles ecológicamente plantean cuestiones que no se prestan a soluciones fáciles. Del lado de las naciones avanzadas habría que aceptar correcciones considerables al consumismo (piénsese que Estados Unidos, con 4% de la población planetaria, usa 25% de los energéticos fósiles). Por su parte, los países en desarrollo tendrían que pagar un precio mayor o conformarse —como ya ocurre— con un nuevo aplazamiento a su aspiración histórica de cerrar la brecha del atraso. Adviértase que industrializar o, más gráficamente, proveer de un automóvil a cada familia de China o de la India equivaldría a dar un golpe mortal a la calidad atmosférica de todo el planeta.

Los ecosistemas, por estar exhaustos, semidesnutridos, no admiten que el grueso de la humanidad —los marginados— ingrese fácilmente al desarrollo, que puedan borrarse los extremos presentes de opulencia y pobreza o siquiera auspiciar una etapa de progreso sostenido semejante a los tres decenios que siguieron a la terminación de la segunda guerra mundial. Por lo menos, ésa sería una verdad incontrovertible en tanto no se transformen de raíz las bases tecnológicas conocidas de la producción, sobre todo las de carácter energético, no a partir de los incentivos usuales del mercado, sino de un esfuerzo colectivo mayúsculo de largo plazo en materia de investigación, desarrollo y regulación.

Hasta fines del siglo XIX la interdependencia del avance científico y la tecnología no estaba sistémicamente articulada: la ciencia apenas influía de modo indirecto en la aceleración de las aplicaciones tecnológicas. En cambio, hoy, con el impulso de la industria militar y de las grandes empresas, ciencia y técnica se eslabonan hasta convertirse en una fuerza productiva de primera importancia.

En la esfera de la producción no sólo se busca el empleo de innovaciones generadas en torno a los programas de defensa del Primer Mundo, sino que también se ensayan métodos tendientes a generar economías de organización y ahorros en el uso de los factores caros y escasos; crear materiales con propiedades

predeterminadas; diseñar o rediseñar productos para incrementar su potencial competitivo, y fomentar la aparición consumista de nuevas necesidades.

Las ciencias sociales no escapan a esos apremios innovadores sistémicos de los estados y los mercados. La ciencia política y de las comunicaciones, la sociología, y sobre todo la economía, se plantean como problema fundamental el desarrollo de la tecnología de regulación de las disfuncionalidades sociales que se expresan en desórdenes de distinta índole (fluctuaciones cíclicas, desempleo, disparidades distributivas).

En el campo de la producción comercializable, las ventajas comparativas dependen cada vez menos de la dotación original de recursos naturales y la abundancia de capitales o mano de obra, y mucho más de la tecnología aplicada en alcanzar la excelencia productiva en áreas seleccionadas de la producción. De la misma manera, la revolución en las comunicaciones permite centralizar la planeación de la producción y descentralizar la manufactura, sea de partes, componentes o el ensamble final.

Se establece, así, una simbiosis entre la globalización de los mercados y el progreso tecnológico. Este hace posible integrar productivamente los recursos, nichos y ventajas de las más diversas localizaciones, así como implantar sistemas modernos de fabricación de modo casi ubicuo. A su vez, la liberación de mercados facilita tanto la difusión de las tecnologías y la recuperación de los costos de las investigaciones, cuanto la dispersión locacional de la producción.

De ese modo, se crea un clima de intensa concurrencia internacional asentado primordialmente en la aceleración del cambio tecnológico y en los costos diferenciados de la mano de obra. Como resultado, se acorta de manera sensible la vida de los ciclos del producto y de los procesos de fabricación; surgen y decaen más rápido que nunca sectores completos de actividad; se abaten costos; se elevan eficiencia y la productividad, y se derriban barreras al ingreso de nuevos productores y a la participación de algunos países antes rezagados.

Con altibajos —sobre todo en el campo de la ingeniería social— los resultados de la vertebración orgánica de ciencia, técnica y economía renuevan la esperanza —tantas veces fallida— de resolver los persistentes problemas de la pobreza. Sin embargo, hay trabas por resolver y dislocaciones sociales graves que inevitablemente acompañarán al proceso de cambio.

A título ilustrativo cabe examinar algunos. La estabilidad de las ventajas comparativas que sirvieron de sustento a la vieja división internacional del trabajo se encuentra seriamente socavada, por cuanto ahora depende de esfuerzos creadores deliberados. Se multiplican las oportunidades innovadoras, pero también los factores de incertidumbre sobre los resultados empresariales y sobre la recuperabilidad de las inversiones en plazos cada vez más breves.

Del mismo modo, la competitividad manufacturera penosamente ganada por el Tercer Mundo podría disolverse frente a los progresos de la robotización y la decisión de los países industriales líderes de reconvertir instalaciones antes que promover el redespliegue y el intercambio en escala mundial.

En términos más generales, el cambio tecnológico produce dislocaciones en la estructura de las ventajas comparativas y de las corrientes del intercambio, tanto más frecuentes y profundas cuanto mayor es la trascendencia y la velocidad de incorporación de las innovaciones técnicas. Así, todos los países quedan sometidos a un proceso continuo de ajuste en que los beneficios quedan con las economías que inician el cambio tecnológico y el grueso de los costos en las sociedades que se acomodan de modo pasivo. He ahí una fuente de inestabilidad de las estrategias de apertura externa de nuestros días.

El imperativo de adoptar políticas microeconómicas de fomento a la formación de nichos modernos de exportación queda nítidamente de manifiesto al observar cómo las actividades intensivas en conocimientos son las impulsoras del comercio internacional del presente. De 1970 a 1990, las exportaciones de bienes de alta tecnología casi duplicaron su participación en el comercio mundial de manufacturas. Y, aunque la fabricación y el intercambio de esos productos está muy concentrada, las naciones asiáticas de industrialización reciente (Corea, Hong Kong, Singapur y Taiwan) ya aportan cerca de 10% de las ventas mundiales.

Con todo, el riesgo mayor del maridaje de la economía de mercado con el esfuerzo científico y tecnológico es el de relegar a segundo término o abandonar los temas de investigación que más importan en la corrección de graves desequilibrios universales: el desempleo, la crisis demográfica mundial, la destrucción ecológica, el rezago acumulativo del Tercer Mundo, la limitación al consumismo desenfrenado. Por eso, los frutos plenos del progreso científico no podrán recogerse hasta que sea factible establecer algún control social sobre la dirección y el ritmo de las transformaciones tecnológicas.

Globalización e interdependencia

Hasta no hace mucho, el poder y la acción de un país se articulaban nítidamente en función de los intereses nacionales, definitorios de las líneas primarias de su política exterior. En tal escenario, las relaciones externas estaban determinadas por la simbiosis, los acomodos y las tensiones entre estados formalmente soberanos, aunque con diferencias apreciables en poder económico o militar.

A su vez, el orden económico internacional lo integran dos clases principales de actores. De un lado, las naciones especializadas en la fabricación de manufacturas —encabezadas por un país líder— y beneficiarias de la concentración del progreso

técnico; de otro, los productores de artículos primarios, preferentemente de origen minero o agrícola. Había, además, una subordinación financiera notable, alimentada en los excedentes del comercio de las zonas industrializadas, y las normas de comportamiento de los países, así como el ejercicio de las responsabilidades ajenas del liderazgo, correspondían a la nación con funciones hegemónicas.

Ese panorama se ha desfigurado poco a poco hasta alterar la naturaleza misma de las relaciones económicas mundiales. Gradualmente el mundo ha prescindido de reconocer un centro único de gravitación económica: hoy existen, además de una multipolaridad evidente, enormes desequilibrios interdependientes entre las economías avanzadas y entre éstas y el Sur en desarrollo.

La génesis de ese proceso de cambio puede esquematizarse como sigue: los países comparativamente menos avanzados suelen o solían impulsar estrategias nacionalistas de industrialización hasta vencer la competencia de naciones de desarrollo más viejo. Los salarios más bajos y la posibilidad de incorporarse de golpe a las tecnologías más productivas los colocan en una situación inicial ventajosa. Y, entonces, la solución más sabia de los centros consiste en ceder producciones y concentrarse en actividades de punta.

Hay evidencias claras de que las zonas más prósperas y dinámicas son las que han articulado su comercio internacional en el marco de modelos de redespliegue, intercambio e inversión intrarregionales que integran cadenas de valor agregado en actividades con distinto nivel tecnológico. En el Pacífico asiático, por ejemplo, se ha estructurado un sistema interdependiente con tres ejes principales con resultados espectaculares. Mientras en los dos últimos decenios el comercio mundial creció 12 veces, el de Japón se multiplicó por 15, el primer grupo de países asiáticos (Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong) por 40 y el segundo (Tailandia, Malasia, Indonesia y Filipinas) por 20. De ahí que el desarrollo de los países asiáticos de esa zona, excluyendo a Japón, haya alcanzado tasas de 7 a 8 por ciento y el empleo manufacturero, de 7 a 14 por ciento al año.

Del lado de las desarmonías, las tensiones comerciales y financieras entre países y clases de países subsisten paradójicamente en un tejido económico transnacionalizado cada vez más denso e interdependiente. La multiplicación de los centros industriales ha hecho imposible que alguno de ellos pueda funcionar como la locomotora de la economía internacional.

Adviértase que los desajustes comerciales de Estados Unidos alcanzan magnitudes astronómicas—ya en 1984 eran de alrededor de 100 000 millones de dólares— y los relacionados con las finanzas públicas no se quedan atrás (163 000 y 269 000 millones de dólares en 1984 y 1990, respectivamente). El financiamiento de esos desequilibrios ha contribuido en forma decisiva a convertir a ese país en la economía más endeudada, esto es, en demandante apremiado de los ahorros mundiales.

El panorama del Tercer Mundo, aunque más rico en situaciones diversas, muestra por igual la presencia de desequilibrios externos insostenibles en el largo plazo. Del lado positivo están las economías de industrialización reciente, sobre todo las del Sudeste Asiático, que han sido capaces de exportar y crecer en forma dinámica, acumulando cuantiosas reservas internacionales. En el otro extremo se sitúa buena parte de las naciones africanas, con escasa capacidad para adaptarse a los cambios de la economía internacional.

En el caso latinoamericano, la crisis de la deuda y el cierre abrupto de los accesos a los mercados internacionales de capitales forzaron la implantación de políticas recesivas de ajuste que inicialmente generaron considerables superávits comerciales—28 000 millones de dólares anuales en el período 1983 a 1990— para luego desaparecer como efecto de los cambios estructurales de la apertura externa y dar origen a un nuevo ciclo de déficit comerciales y endeudamiento externo.

Con todo, casi son ya cosa del pasado las pugnas que se suscitaban entre un país hegemónico campeón del liberalismo político y la libertad de comercio y naciones que buscan darle alcance usando como armas el nacionalismo en lo político y el proteccionismo en lo económico.

Hoy, la principal fuente de tensión, la más significativa, sobre todo hacia el futuro, no es la pugna económica entre países o agentes productivos de distintas nacionalidades, sino las dislocaciones en las sociedades del Primer Mundo y, por efecto reflejo, en el resto de los países. Se trata de la oposición de sistemas políticos intrínsecamente circunscritos a las especificidades de lo nacional y la abolición de fronteras que propugnan las tendencias globalizadoras de los mercados.

Mientras la legitimidad de los gobiernos de algún modo está relacionada con el bienestar y la satisfacción de las demandas de la población a la que sirven, la supervivencia económica de empresas en exacerbada competencia oligopólica internacional precisa de libertad irrestricta para producir, invertir o crear empleos donde mejor convenga, sin detenerse a ponderar las consecuencias de sus actos en los diversos ámbitos nacionales.

Los imperativos de la competencia poco a poco trasmutan las ventajas comparativas y el comercio administrado de los países en ventajas comparativas e intercambio administrado de los consorcios; liberan la formación de esas ventajas comerciales de la dotación original de recursos para hacerlas función de la ciencia instrumental y de la carrera tecnológica; dotan de ubicuidad la producción en el Norte o en el Sur; privatizan las relaciones internacionales antes dominadas por la diplomacia entre estados, y transforman la competencia internacional en lucha de consorcios integrados en redes comerciales-productivas de alcance mundial.

Consideraciones de empleo y prosperidad toman cada vez más

criticable a los ojos del público de los países industrializados la canalización de inversiones de las empresas transnacionales al exterior. Sin embargo, la competencia y la incertidumbre generalizadas en el ambiente de los negocios ha llevado a las corporaciones a seguir otra lógica: diversificar geográficamente su inversión, comenzando por los mercados más desarrollados. Así, es fenómeno corriente que las empresas japonesas inviertan en Europa y Estados Unidos, mientras las de esas zonas emprenden estrategias similares.

Asimismo, cobra vigencia una tendencia paralela: la desnacionalización de la gran corporación internacional, su transformación en empresas verdaderamente cosmopolitas. La estructuración de alianzas estratégicas, la adquisición de participaciones recíprocas en los capitales sociales, la explotación conjunta de mercados, el desarrollo de coinversiones y la formación de acuerdos cooperativos entre esos consorcios ponen en tela de juicio la correspondencia unívoca entre sus intereses y los de su país de origen.

La racionalidad instrumental de esos procesos integradores se finca en los apremios para asegurar un lugar en el mercado mundial y socios locales; distribuir los costos crecientes de la investigación tecnológica; compensar los riesgos de los desfases del ciclo económico entre países; ponerse a salvo de restricciones nacionales—en especial de las leyes antimonopolio—, y ganar influencia política o acceso a ingresos conjuntos enormes y a distintos mercados de capitales.

La globalización económica, con su correlato sistémico en el debilitamiento del Estado-nación, está en el trasfondo de la crisis de las ciencias económicas y la aparente impotencia de los gobiernos para asegurar crecimiento, estabilidad y equidad distributiva. La apertura de fronteras entraña renunciar al uso de buen número de instrumentos del viejo arsenal de las políticas nacionales.

Más aún, el número y el poder de los actores transnacionalizados—principalmente privados—acotan el radio de influencia real de los gobiernos considerados individualmente y torna impredecible la distribución entre países de las ganancias del comercio. Multiplicación democrática de las demandas sociales y reducción progresiva de la soberanía de acción por la proliferación de los nexos externos de interdependencia son dilemas económicos no resueltos de los gobiernos.

En principio, está bien aceptada la tesis de que la libertad de mercado en un mundo sin fronteras tendría la capacidad potencial de elevar el bienestar planetario. Sin embargo, ello sólo se validaría con la eliminación del peligro asociado a la multiplicación de las prácticas monopólicas, la intensificación del ciclo económico y la desigualdad ahora en escala universal, riesgos que se magnifican frente a la ausencia de instituciones supranacionales de regulación o siquiera de mecanismos apropiados de coordinación entre los gobiernos.

La independencia de los mercados financieros

Quizás sea el dominio financiero donde la integración planetaria de los mercados más ha avanzado.

En el decenio de los ochenta, las políticas de liberación financiera, comenzando con las naciones industrializadas, borran buena parte de la vieja segmentación de los mercados, suprimen las restricciones a los movimientos de capitales y facilitan las inversiones cruzadas de las empresas transnacionales.

Junto a la liberación y desregulación financieras toman cuerpo otros cambios estructurales, entre los cuales se anotan algunos bien interrelacionados. De un lado está la integración geográfica de los mercados financieros. La banca japonesa, por ejemplo, forma redes en los principales centros financieros del mundo. De otro, destaca el surgimiento de grandes conglomerados financieros e importantes jugadores privados en los mercados nacionales y mundiales. Junto a los bancos al mayoreo, los internacionales y los centrales, así como las casas de inversión, ha surgido un conjunto de actores destacadísimos en el escenario internacional: los inversionistas institucionales (fondos de pensión, compañías de seguros, fondos mutuos), los fondos de cobertura (*hedge funds*) y las comercializadoras integradas (*trading companies*).

La globalización está creando una enorme piramidación de transacciones que se alejan o, si se quiere, se independizan de la base real de operaciones a la que supuestamente sirven, tanto como de las regulaciones y políticas nacionales. Valgan algunos datos ilustrativos.

En el decenio de los ochenta, las economías de los países industriales líderes crecieron 2.8% en promedio anual y el comercio internacional lo hizo a una tasa muy superior (4.6%). Mucho más espectacular fue la expansión financiera: en el último quinquenio de ese decenio los cambios en los activos interbancarios (*interbank claims*) se elevaron 20% anual; los flujos brutos de inversión accionaria, 12%; los recursos de los inversionistas institucionales y de los fondos colectivos de inversión en papel extranjero de Estados Unidos se duplicaron, y los *swaps* (canjes de deuda) monetarios se multiplicaron más de cuatro veces de 1987 a 1991. En la actualidad, cabe destacar, el mercado internacional de divisas alcanza un volumen diario cercano a un billón de dólares.

La contrapartida institucional a los desarrollos apuntados ha conducido a alterar el poder y las capacidades relativas de maniobra de los actores públicos y privados. Como ha demostrado la actual crisis del sistema monetario europeo, la fuerza combinada de varios bancos centrales no ha sido suficiente para contrarrestar los ataques especulativos de los agentes privados contra el sistema europeo de paridades.

La privatización y la globalización del orden financiero inter-

nacional aportan eficiencia, creatividad y menores costos en el manejo de los fondos. En contrapartida, se reconocen debilidades asociadas principalmente a su estabilidad y sus efectos procíclicos, que a menudo favorecen las actividades especulativas. Al propio tiempo, la seguridad y la rentabilidad de las operaciones financieras del mercado no siempre coinciden con los objetivos más relevantes de la economía internacional y de los países: contribuir a cerrar la brecha del atraso, atemperar los desequilibrios entre las naciones industrializadas, facilitar el ajuste estructural y la estabilización del Tercer Mundo y favorecer el crecimiento conjunto de la producción y el empleo mundiales.

Apuntamientos finales

Los mercados económicos y financieros del mundo están día con día más integrados y las políticas nacionales son cada vez más interdependientes, esto es, menos autónomas o menos soberanas en el sentido tradicional de esos términos. Y cuando ello ocurre se multiplican las dificultades de predecir y también las de intervenir con fines sociales. La fuerza de Estados Unidos como coordinador y líder del mundo económico declina precisamente cuando el entrelazamiento de los mercados multiplica los imperativos de implantar mecanismos conjuntos de administración de la economía globalizada.

Las instituciones internacionales (ONU, FMI, Banco Mundial, GATT, etc.) han ampliado sus funciones y adquirido nuevas responsabilidades. Sin embargo, recargadas de tareas, carecen del apoyo consensual suficiente para llenar el vacío de liderazgo de un mundo multipolar.

La ONU se ocupa cada vez menos de los problemas del desarrollo y más de atender conflictos localizados que proliferan en el mundo. El FMI y el Banco Mundial dedican el grueso de sus energías a lograr la estabilización y el ajuste del Tercer Mundo conforme a lineamientos estandarizados –irrespetuosos de las singularidades nacionales– o a crear instituciones de mercado en los antiguos países socialistas, más que a buscar la congruencia de las políticas macroeconómicas de los centros industriales o una división internacional del trabajo de beneficios compartidos. El GATT no ha podido transformarse en la Organización Internacional del Comercio que visualizara Keynes hace casi medio siglo; la Ronda de Uruguay no se ha finiquitado ni ha sido posible contener las tendencias neoproteccionistas de muchos países industrializados.

Los mecanismos de coordinación internacional de políticas están apenas en su infancia. En las reuniones cumbre se abordan iniciativas sobre bases *ad hoc*, sin que medien arreglos institucionales que permitan enriquecer la agenda de trabajo, establecer prelações y estrategias coherentes de acción internacional o hacer el seguimiento sistemático del cumplimiento de los acuerdos.

Mucho queda aún por trabajar en los foros internacionales propugnando la formulación o reformulación de instituciones multinacionales de alcance universal a partir de las cuales pueda llegarse a una nueva síntesis entre el liberalismo económico de corte cosmopolita y el nacionalismo político, acomodo que devuelva a la economía internacional la capacidad de crear prosperidad y oportunidades de desarrollo a todos.

No se trata de construir utopías, sino de abrir brecha en un camino que por fuerza habrá de recorrerse. Pretender la vuelta a una autonomía del viejo estilo nacionalista equivale a luchar por algo que ya nos ha sido arrebatado –casi irremediablemente– por la globalización interdependiente de las economías. En el caso de los países periféricos, intentar ese retorno equivaldría tal vez a aceptar la marginación del progreso técnico y de la dinámica del comercio al quedar fuera de las redes posmodernas de mercado.

Los resabios hegemónicos y los efectos del ajuste a la multipolaridad económica entorpecen la construcción del orden económico internacional del próximo siglo. Con todo, el mayor escollo reside en que abordar esos cambios exige un desgaste político superlativo en restañar fisuras nacionales y absorber costos de magnitud desconocida en tiempos de paz.

Si Europa, Estados Unidos y los miembros de la disuelta Unión Soviética han de volcar sus principales energías en remodelar estructuras, instituciones y estrategias internas, y Japón reconoce un liderazgo político embrionario, parece improbable que emprendan de consuno la construcción de mecanismos de coordinación de políticas en escala universal.

Puesto en otros términos, la fusión cosmopolita de los mercados resquebraja por dentro la estructura de la sociedad internacional, integrada por estados formalmente independientes. Y los gobiernos, abrumados por los más diversos problemas de adaptación de sus países a las metamorfosis del entorno mundial, no parecen disponer de guías seguras, ni del acervo de energías con qué emprender la remodelación legitimadora de la nueva sociedad internacional.

Aun así, el Estado-nación continuará siendo la unidad política básica, por más que sufra los embates sistémicos de la reorganización de mercados sin fronteras y por más que haya debido batirse en retirada al detener la marcha del Estado benefactor en el Primer Mundo y bajar la mira de las metas desarrollistas de la periferia.

En las circunstancias presentes no cabría aspirar a transformaciones radicales en los fundamentos de la sociedad mundial sino, cuando más, a progresos limitados que mitiguen los problemas más críticos.

Hoy se sitúan en un plano distinto, pero no se resuelven definitivamente, y a veces se atizan, las tensiones entre mercado y

Estado; entre nacionalismo y cosmopolitismo económicos; entre politización y despolitización de las relaciones internacionales; entre Estado y nación. De ahí el rumbo oscilante del liberalismo económico de mercado *versus* el proteccionismo en el último medio siglo; de la oposición entre las demandas de los conglomerados políticos nacionales frente a las exigencias de las corporaciones transnacionales; de la fractura o recomposición de estados formados por una multiplicidad de nacionalidades.

Haciendo abstracción de muchas interacciones entre el dominio de la economía y el de la política, habría de admitirse que el multilateralismo supone que los estados subordinan los intereses nacionales, esto es, que están dispuestos a pagar los costos de la armonización de políticas e instituciones al objetivo de crear una economía internacional estable y eficiente, sujeta a un conjunto de controles consensuales que trascienden con mucho las reglas de conducta aceptadas hasta hoy por los países: reciprocidad incondicional, principio de la nación más favorecida y condicionalidad financiera. Ése es el nuevo camino que ha adoptado y por el que transita América Latina: sin mucha consulta interna y sin mucha reciprocidad externa.

De su lado, la excepción a la vigencia de las normas del GATT en las zonas de integración económica, convenida desde la creación de la Comunidad Europea, abre la posibilidad de institucionalizar un régimen de competencia en bloques económicos y, a la vez, pone de relieve las dificultades reales de la cooperación internacional con liderazgo compartido cuando el número de actores se multiplica y, con ello, el de las metas e intereses a conciliar.

De otro lado, las demandas nacionalistas o regionalistas por abordar el desarrollo de sectores estratégicos bien podrían seguir sustentando regímenes de protección industrial parcializada o sectorizada; en el caso de las naciones industrializadas, para no perder la carrera tecnológica ni el empleo de sus industrias envejecidas, y en el de los países en desarrollo, para incorporarse a corrientes más promisorias de producción y comercio.

Más que soluciones puras en la construcción del nuevo orden económico internacional, es posible que—debido a la raigambre de esas tendencias encontradas— en los hechos se produzcan mezclas—en proporciones impredecibles— de liberalismo, regionalismo y proteccionismo, interpenetradas por corporaciones transnacionales en competencia monopolística que, de algún modo, optimizarán para sí los diversos regímenes de comercio.

En ese mundo de cambios e interrogantes es difícil anticipar la suerte del Tercer Mundo y el camino que más le conviene seguir. La dificultad de ganar la incorporación a la economía internacional moderna no sólo es definir estrategias exportadoras, sino obtener credenciales de acceso a densas redes institucionales interactuantes, donde las relaciones entre gobiernos constituyen apenas parte de un complejo sistémico que trasciende las fronteras geográficas. Y luego, la de vencer hacia adentro muchos de los sentimientos y los intereses del nacionalismo.

Al propio tiempo, la plataforma de peticiones básicas de las naciones en desarrollo en torno a la reforma del sistema económico internacional, la ayuda concesional, el acceso preferente a los mercados del Norte y la estabilización de las cotizaciones de los productos primarios tendrían que reformularse en alto grado. En un plano, el problema medular de esos países no es ya el de los precios de los productos primarios que se exportan, o siquiera el de la ayuda concesional, sino el de precisar y afianzar las futuras fuentes de divisas ante el riesgo de ser desplazados por sucedáneos, competidores con tecnología más avanzada; no lograr la incorporación a las redes productivas de los consorcios internacionales o simplemente que se ahonde la separación funcional entre el primero y el tercer mundos.

En otra vertiente, habría de ejercer presión política para cancelar las obstrucciones o los sesgos de acceso a los mercados internacionales de capitales, ya que la esperanza de acrecentar la ayuda concesional al desarrollo parece estar impedida por los agobios del Estado benefactor del Primer Mundo y por la evaporación de la cooperación proselitista de la guerra fría. Y también habría que luchar—por limitadas que sean las posibilidades de éxito en el continente americano— por el redespigüe deliberado de las economías industriales como fórmula central para impulsar el comercio en sentido Norte-Sur y vigorizar su efecto dinámico en el desarrollo.

Lo anterior se suma a los nuevos problemas mundiales que convergen en hacer más difícil e incierto el progreso generalizado del orbe y en acrecentar los costos sociales y políticos de la interdependencia de mercados. Todo indica que el intenso crecimiento generalizado de las tres o cuatro primeras décadas de la posguerra nos será negado en el futuro cercano, y que el mundo seguirá dividido entre unas cuantas regiones triunfadoras en la concurrencia tecnológica y de mercados y muchas otras inmersas en la pobreza y la inestabilidad. Surgirán poderes que intentarán, no sin conflicto, ocupar los vacíos creados por los imperios en retirada. También es probable que las proclividades proteccionistas del Primer Mundo se acentúen como reacción de los electorados al desmantelamiento del Estado benefactor, ahondando las barreras diferenciadoras entre el centro y la periferia. Del mismo modo, las fuerzas sistémicas de la transnacionalización de mercados que polarizan las estructuras distributivas seguramente persistirán ante la ausencia de mecanismos de contrapeso que pudiesen revertirlas. Los problemas añejos de la pérdida de legitimidad de los gobiernos, de la xenofobia y la desigualdad, serán, por igual, riesgos de la democracia.

Posdata latinoamericana

En ese marco de circunstancias e incertidumbre, ¿qué hacer? Lo que en importa en este contexto, es decir, en el dominio de la reconstrucción de las relaciones económicas externas de México y América Latina, surge una serie de conclusiones inevitables.

Los vacíos de poder en el ámbito internacional y los numerosos acomodos políticos y económicos que hay que completar de esa y otras génesis, hacen nugatoria la esperanza de que la prosperidad del mundo genere de modo automático desarrollo en las zonas atrasadas.

El progreso sostenido y la eliminación de la pobreza son cuestiones que hoy en día, pese a la enorme interdependencia de las naciones, descansan en la articulación de las energías internas para abrirse forzosamente camino hacia la modernidad.

Se trata en esencia de un reto de supervivencia que debe encararse con objetividad, libre de prejuicios ideológicos y de falsas esperanzas, por cuanto las sociedades que pierdan iniciativa quedarán inscritas en un largo ciclo de marginación y pobreza. La moraleja del análisis de esos escenarios conduce a replantear a fondo, con realismo, no a base de idealizaciones de la economía internacional, las demandas de las naciones en desarrollo en los foros internacionales.

Otros retos relevantes se describen a continuación.

i) Frente al espectro del proteccionismo que pudiesen invocar los gobiernos de los países industrializados en defensa de las demandas de empleo y bienestar social de sus electorados, habría que seguir batallando por la instrumentación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte hasta extenderlo a la Tierra de Fuego.

ii) Frente a la probable formación de grandes bloques comerciales, todo apunta hacia la conveniencia de al menos afianzar el libre comercio hacia el Sur.

iii) Frente a la obsolescencia de la vieja especialización exportadora en materias primas, habrá que crear a marchas forzadas nuevas ventajas comparativas, combinando la libertad de comercio con políticas estratégicas industriales y comerciales de carácter selectivo. Aquí, los incentivos de mercado no siempre son suficientes ante desventajas o rezagos notorios en materia de infraestructura, apoyos financieros, preparación de la mano de obra, acceso a la tecnología o limitaciones derivadas de la necesidad de competir con grandes consorcios oligopolísticos.

Por lo demás, todos los países de manera abierta o disimulada practican políticas defensivas de la actividad económica y del empleo internos o políticas activistas de penetración de mercados. Ésta es la otra cara de la revolución microeconómica que ha de acompañar al cambio de la cultura empresarial, canceladora de dispendios o desperdicios y persistentemente comprometida con la innovación y la eficiencia.

Del mismo modo, habrá que promover alianzas estratégicas, no sólo con países, sino con los consorcios transnacionales más avanzados en los campos de especialización que se seleccionen. El propósito será acelerar la inserción de las exportaciones

y las manufacturas nacionales en las grandes redes integradoras de la producción y el intercambio mundiales. Ello entraña riesgos evidentes e insoslayables, pero aun así constituye un requisito sistémico del mundo económico de la actualidad.

iv) Frente a las carencias en materia tecnológica y de calificaciones de la fuerza de trabajo, el Estado mexicano y los estados latinoamericanos debieran comprometer un esfuerzo mayúsculo en la formación de capital humano y en fortalecer y multiplicar los centros de investigación y desarrollo públicos, privados o mixtos.

De ello depende gestar una productividad ascendente y genuina, en el sentido de evitar la polarización extrema entre unos cuantos empleos muy bien remunerados y una masa relegada de ciudadanos, así como de hacer sostenible el mejoramiento de los estándares de vida de la población y crear una clase empresarial más moderna y con verdadera iniciativa.

Sin duda, habría que preservar los lineamientos macroeconómicos fundamentales que están restableciendo los equilibrios agregados básicos. Con todo, hacia el futuro, unido a las metas de estabilización, habría que dar ponderación creciente a objetivos y consideraciones del desarrollo de largo plazo y reducir los extremismos doctrinarios, útiles sólo al comienzo de una transformación radical.

El inmediatismo atiende las urgencias, pero suele descuidar o aplazar tareas fundamentales en la modernización de la economía real. México, Argentina y Venezuela no alcanzan todavía el equilibrio de pagos. Por eso, junto a las estrategias de liberalización externa, se justifica adoptar políticas cambiarias consistentes, acompañar la apertura al ritmo de la transformación productiva y esforzarse por equilibrar competitivamente las tasas de interés, sobre todo en los segmentos de mercado sujetos a la concurrencia externa.

Recuperar la capacidad de crecimiento de la posguerra — meta central que a veces parece olvidada — exige satisfacer múltiples requisitos. Uno de ellos, principalísimo en la estrategia elegida, consiste en alterar deliberadamente la estructura de las exportaciones hacia rubros más dinámicos, de alta elasticidad, de manufactura más intensa en conocimientos y tecnología.

Otro radica en proteger, reconvirtiendo y modernizando, en vez de dilapidar, la riqueza productiva y el empleo que se supo crear en el pasado. Hacer progresar sostenidamente al país no es una cuestión caprichosa o secundaria.

Después de más de una década de limitaciones al desarrollo social, no poner coto al atraso y al empobrecimiento del capital humano ni acercar los extremos de una sociedad escindida, deslegítima a los gobiernos y partidos en el poder y negaría, a la postre, el acceso pleno a la democracia.

Bibliografía

- L. Ángeles et al. (comp.), *Los desafíos de la globalización: economía mundial y sociedades nacionales*, PRI, México, 1990.
- Banco de México, *Informe Anual 1992*.
- Banco Mundial, *World Tables*, Washington, 1991.
- , *World Development Report 1992. Development and Environment*, Washington, 1993.
- M. Banks (comp.), *Conflict in World Society*, Harvester Press, Inglaterra, 1984.
- Basel Committee on Banking Supervision, *International Convergence of Capital Measurement and Capital Standards*, Banco Internacional de Pagos, Basilea, 1988.
- F. Bergsten, *America and the World Economy*, Institute for International Economic, Washington, 1988.
- O. Blanchard et al., *Reform in Eastern Europe and The Soviet Union*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 1991.
- E. Bloch, *Toward a U.S. Technology Strategy: Enhancing Manufacturing Competitiveness*, Manufacturing Discussions Papers, núm. 1, National Academy Press, Washington, 1991.
- M. Brenner, "EC: Confidence Lost", *Foreign Policy*, núm. 91, 1993.
- L. Brown et al., *State of the World*, w.w. Norton, Nueva York, 1992.
- Z. Brzezinski, *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, Maxwell Macmillan International, Nueva York, 1993.
- J. Burton et al., *The Study of World Society: A London Perspective*, Occasional Paper, núm. 1, International Studies Association, Pittsburgh, 1974.
- K. Calder, "The Emerging Politics of the Trans-Pacific Economy", *World Policy Journal*, núm. 2, 1985.
- Carnegie Commission on Science, Technology and Government, *Technology and Economic Performance: Organizing the Executive Branch for a Stronger National Technology Base*, Carnegie Commission, Nueva York, 1991.
- CEPAL, *Desarrollo sustentable, transformación productiva, equidad y medio ambiente*, Santiago de Chile, 1991.
- , *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, 1991.
- , *Centroamérica: el camino de los noventa* (lc/mex/l.223), México, 1993.
- , *Integración económica, transformación productiva y equidad*, mimeo., Santiago de Chile, 1993.
- , *Japón: un caso especial de capitalismo organizado* (lcf.1277), mimeo., Santiago de Chile, 1993.
- , *Panorama económico de América Latina*, Santiago de Chile, 1993.
- , *Población, equidad y transformación productiva*, Santiago de Chile, 1993.
- , *Estudio económico de América Latina*, Santiago de Chile, varios años.
- M. Clash, "Development Policy, Technology Assessment and the New Technologies", *Futures*, núm. 22, noviembre de 1990.
- F. Clavijo, *Diversificación de las relaciones económicas de México: hacia la Cuenca del Pacífico*, mimeo., PRI, México, 1992.
- I. Cohen, *Beyond Nafta: The Institutional Dimension*, mimeo, Washington, 1993.
- S. Cohen y J. Zysman, *Manufacturing Matters: The Myth of the Post-Industrial Economy*, Nueva York, 1987.
- R. Cooper, "Economic Interdependence and Coordination of Economic Policies", *Handbook of International Economics*, vol. 2, capítulo 23, North-Holland, Amsterdam, 1985.
- M. Crozier et al., *The Crisis of Democracy. The Trilateral Commission*, New York University Press, Nueva York, 1975.
- Dae Won Choi, *La Cuenca del Pacífico y América Latina*, CEPAL (lc/l.704), Santiago de Chile, 1992.
- C. de Icaza, *América Latina y México*, mimeo., PRI, México, 1992.
- J. Donaldson, *Nature Against Us: The U.S. And the World Population Crisis, 1965-1980*, University of North Carolina Press, 1990.
- G. Dosi et al. (comps.), *Technical Change and Economic Theory*, Pinter Publishers, Londres, 1988.
- G. Dosi et al., *The Economics of Technical Change and International Trade*, New York University Press, Nueva York, 1990.
- C. Edwards, *The Fragmented World*, Methuen, Londres y Nueva York, 1985.
- P. Erhlich, *The Population Explosion*, Basic Books, Nueva York, 1990.
- O. Emminger, *The Dollar's Borrowed Strength*, Occasional Papers, núm. 19, El Grupo de los Treinta, Nueva York, 1985.
- O. Espinoza, *México y los NIC's*, mimeo., PRI, México, 1993.
- R. Feinberg, *The Intemperate Zone*, w.w. Norton, Nueva York, 1983.
- M. Feldstein, "American Economic Policy and the World Economy", *Foreign Affairs*, núm. 63, 1985.
- C. Flores, *América Latina a fin de siglo*, mimeo., PRI, México, 1993.
- FMI, *Determinants and Systemic Consequences of International Capital Flows*, Washington, 1991.
- , *International Capital Markets: Developments, Prospects and Policy Issues*, Washington, 1992.
- , *Report on the Measurement of International Capital Flows*, Washington, 1992.
- , *International Capital Markets, Exchange Rate Management and International Capital Flows*, Washington, 1993.
- , *Government Finance Statistics Yearbook*, varios números, Washington.
- , *International Capital Markets*, varios números, Washington.
- , *International Financial Statistics*, varios números, Washington.
- , *World Economic Outlook*, varios números, Washington.
- C. Freidheim, "The Trillion Dollar Enterprise", *International Economic Insights*, vol. 4, núm. 4, 1993.
- Y. Funabashi, *Managing the Dollar: From the Plaza to the Louvre*, Institute for International Economics, Washington, 1988.
- S. Goopta, *Portfolio Investment Flows in Emergency Markets. Policy Research*, Working Paper, Banco Mundial, Washington, 1993.
- A. Gore, *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Penguin Books, Nueva York, 1993.
- G. Grossman y E. Helpman, "Trade Innovation and Growth", *American Economic Review*, Papers and Proceedings, 1990.
- y E. Helpman, *Innovation and Growth in the Global Economy*, The MIT Press, Cambridge y Londres, 1992.
- J. Grunwald y K. Flamm, *The Global Factory: Foreign Assembly and International Trade*, The Brookings Institution, Washington, 1985.
- J. Gurría, *México y la OCDE*, mimeo., PRI, México, 1993.
- P. Gurrieri y C. Milana, *Technological and Trade Competition in High-Tech Products*, BRIE Working Papers, núm. 49, University of California, Berkeley, 1991.
- D. Halberstan, *The Next Century*, Morrow, Nueva York, 1991.
- A. Hamilton, "Report on Manufactures", reimpresso en F. Taussing (comp.), *State Papers and Speeches on Tariff*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- R. Helpman y P. Krugman, *Market Structure and Trade Policy*, The MIT Press, Cambridge, 1989.
- S. Hoffman, "The European Community and 1992", *Foreign Affairs*, núm. 68, 1989.
- S. Huntington, "The U.S.: Decline or Renewal", *Foreign Affairs*, núm. 67, 1989.
- D. Ibarra, "Crisis y sector externo en América Latina", en *Más allá la crisis de la deuda*, Diálogo Interamericano-CIEPLAN,

- Santiago de Chile, 1986.
- , "Centroamérica y México", *Examen*, año 4, núm. 47, abril de 1993.
- , "Equidad y desarrollo ante la década perdida", *Nexos*, núm. 184, abril de 1993.
- International Union on International Associations, *Yearbook on International Organizations*, Bruselas, 1981.
- M. Katz y J. Ordovery, "R & D Cooperation and Competition", en *Brookings Papers on Economic Activity*, Washington, 1990.
- P. Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers*, Random House, Nueva York, 1987.
- R. Keohane y J. Nye, *Power and Interdependence*, Little Brown & Co., Boston, 1977.
- , *Transnational Relations and World Politics*, Harvard University Press, Cambridge y Londres, 1981.
- Ch. Kindleberger, "Dominance and Leadership in the International Economy", *International Studies Quarterly*, núm. 25, 1983.
- K. Knorr, *The Power of Nations*, Basic Books, Nueva York, 1975.
- P. Krugman, *Growth, Trade and Income Distribution Under Increasing Returns*, International Economics Study Group Ninth Annual Conference, Sussex, 1984.
- , *Strategic Trade Theory and the New International Economics*, The MIT Press, Cambridge, 1986.
- , *Currencies and Crisis*, The MIT Press, Cambridge, 1992.
- , "What Do We Need to Know About the International Monetary System?", *Essays on International Finance*, núm. 190, Princeton University Press, Princeton, 1993.
- R. Kuttner, *The End of Laissez-Faire*, A. Knott, Nueva York, 1991.
- A. Lewis, *Growth and Fluctuations, 1870-1913*, Allen and Unwin, Londres, 1978.
- R. Lajous, *México y Canadá: los puntos de encuentro en los noventa*, mimeo., PRI, México, 1993.
- S. Lieberman, *The Economic and Political Roots of the New Protectionism*, Rowman & Littlefield, Nueva Jersey, 1988.
- S. Lipset, *Continental Divide: The Values and Institutions of the United States and Canada*, Routledge, Nueva York, 1990.
- F. List, *The National System of Political Economy*, Longmans, Green and Co., Londres, 1885.
- R. London y N. Rosenberg (comps.), *The Positives Sum Strategy*, National Academy Press, Washington, 1986.
- N. Luhmann, *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*, Paidós, Barcelona, 1990.
- J. Lukas, *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age*, Ticknor & Fields, Nueva York, 1993.
- A. Malabre, *Within Our Means: The Struggle for Economic Recovery After a Reckless Decade*, Nueva York, 1991.
- J. Markinsen y G. MacDonald, "A Rehabilitation of Absolute Advantage", *Journal of Political Economy*, vol. 93, 1985.
- L. Mármora, "La ecología en las relaciones Norte-Sur: el debate sobre el desarrollo sustentable", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 3, México, marzo de 1992.
- R. McKinnon, "An International Standard for Monetary Stabilization", *Policy Analyses in International Economics*, Institute for International Economics, núm. 8, Washington, 1984.
- , "International Money in Historical Perspectives", *Journal of Economic Literature*, vol. XXXI, núm. 1, 1993.
- G. Mensch, *Stalemate in Technology*, Ballinger, Cambridge, Mass., 1975.
- J. Millán, *La Cuenca del Pacífico: perspectivas y acciones para México*, PRI, México, 1993.
- J. Moreno, *Notas sobre la economía de América Latina en los noventa*, mimeo., PRI, México, 1993.
- P. Moya, *El Caribe, una relación prioritaria para México*, mimeo., PRI, México, 1993.
- R. Murphy, "Power Without Purpose", *Harvard Business Review*, núm. 66, 1988.
- National Science Board, *Science and Engineering Indicators 1991*, Washington, 1991.
- J. Odell, *U.S. International Monetary Policy: Markets, Power and Ideas as Sources of Change*, Princeton University Press, Princeton, 1982.
- K. Ohmae, *Triad Power: The Coming Shape of Global Competition*, Free Press, Nueva York, 1985.
- M. Olson, *The Rise and Decline of Nations*, Yale University Press, 1982.
- ONU/IDI, *Industry and Development: Global Report, 1991-1992*, Naciones Unidas, Viena, 1991.
- OCDE, *Financial Market Trends and Financial Statistics Monthly*, varios números, París.
- S. Ostry, *Government & Corporations in a Shrinking World*, Council on Foreign Relations Press, Nueva York y Londres, 1990.
- U. Oswald (comp.), *Memorias del Encuentro Interamericano de Ecología*, Gobierno del Estado de Morelos, México, 1993.
- O. Pellicer, "México y la ONU", *Examen*, núm. 52, México, 1993.
- PNUD, *Desarrollo Humano: Informe 1991*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.
- Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), *La evolución del mercado laboral entre 1980 y 1987*, núm. 328, Santiago de Chile, 1988.
- , *Deuda social: esquema de diagnóstico y recuperación*, núm. 343, Santiago de Chile, 1990.
- E. Ramstetter, "Asian Multinationals in the World Economy", *International Economic Insights*, vol. IV, núm. 4, 1993.
- R. Reich, *The Work of Nations*, Vintage Books, Nueva York, 1992.
- P. Romer, "Increasing Returns and Long Run Growth", *Journal of Political Economy*, vol. 94, 1986.
- , "Growth Due to Increasing Returns Based on Specialization", *American Economic Review*, vol. 77, 1987.
- G. Sen, *The Military Origins of Industrialization and International Trade Rivalry*, St. Martin's Press, Nueva York, 1984.
- H. Simon, "The Agriculture of Complexity", *Sciences of the Artificial*, The MIT Press, Cambridge, Mass., 1981.
- Y. Suzuki, "Sources of Macroeconomic Imbalances in the World Economy", en *Toward a World of Economic Stability: Optimal Monetary Framework and Policy*, Bank of Japan, Tokio, 1988.
- G. Traverton, *Making the Alliance Work: The United States and Western Europe*, Ithaca, Nueva York, 1985.
- R. Triffin, "The Thrust of History in International Monetary Reform", *Foreign Affairs*, núm. 47, 1968.
- L. Tyson, *Who's Bashing Whom? Trade Conflict in High-Technology Industries*, Institute for International Economics, Washington, 1992.
- United Nations Population Fund, *World Population Prospects*, Nueva York, 1989.
- G. Vega, *México: el Tratado de Comercio Libre de América del Norte y el Grupo de los Tres*, mimeo., PRI, México.
- R. Vernon, *Sovereignty at Bay*, Basic Books, Nueva York, 1971.
- , "Multinational Redux", *International Economic Insights*, vol. 4, núm. 4, 1993.
- E. Voguel, "Japan is Number One", *Foreign Affairs*, núm. 64, 1986.
- I. Wallerstein, "Foes or Friends", *Foreign Policy*, núm. 90, 1993.
- T. Zengage, *The Japanese Century: Challenge and Response*, Hong Kong, 1988. ●